

Nuestra literatura vista desde fuera

RICARDO ANCIRA

Philippe Ollé-Laprune (editor),
Cent ans de littérature mexicaine,
Éditions de la Différence / CONACULTA /
Fundación para las Letras Mexicanas /
Embajada de Francia en México,
México, 2007.



Éditions de la Différence acaba de publicar *Cent ans de littérature mexicaine*. La antología, obra de Philippe Ollé-Laprune, busca los fundamentos de la literatura mexicana que, en opinión del autor, goza de un prestigio *a priori* dentro y fuera de nuestras fronteras, pero es poco conocida y, sobre todo, poco leída en Francia y también —se podría añadir—, desgraciadamente, en el propio México. A lo largo de 848 páginas él y los autores que va convocando se encargan de justificar lo que a primera vista parece el prejuicio positivo —tal vez injustificado— de que gozan nuestras letras.

Como su nombre lo indica, *Cent ans de littérature mexicaine* abarca un siglo, el que va de la juventud de López Velarde a nuestros días. Una de las decisiones generales del compilador fue la de no incluir a ningún narrador nacido después de 1960 ni a ningún poeta menor de cincuenta años. Esto, nos explica, porque las obras de los autores más jóvenes apenas se están construyendo, lo que haría difíciles —e impropcedentes— los pronunciamientos acerca de su calidad y alcances reales.

El libro se divide en cinco capítulos que corresponden a movimientos literarios, periodos y generaciones de escritores generalmente aceptados: “México a principios del siglo XX”, “La novela de la Revolución y su cuestionamiento”, “La poesía en la realidad y más allá”, “La explosión literaria de los años 60-70” y “Los caminos tortuosos de la literatura contemporánea”. Veintisiete dibujos de Vicente Rojo, pertenecientes a la serie “Volcanes construidos”, separan —o unen, según se vea— los capítulos de la obra.

Lo novedoso de *Cent ans de littérature mexicaine* es que su autor es por completo parisiense en su formación y en sus juicios pero al mismo tiempo conoce muy bien a México y su literatura por haber vivido aquí desde hace casi dos décadas —primero como funcionario de la embajada francesa y especialista, entre otras



disciplinas, en edición, y posteriormente como promotor cultural y crítico literario— pero también por haber conocido personalmente a muchos de los autores antologados. Los lectores franceses están, pues, muy bien acompañados en esta aventura por un territorio literario que les es prácticamente desconocido.

Esta perspectiva francesa, al mismo tiempo, permite al autor poner distancia en el análisis de lo demasiado cercano. El autor diagnostica, en primer lugar, que la actitud de la sociedad mexicana hacia sus escritores oscila entre la indiferencia y el respeto, entre la ignorancia y la fascinación. Ollé-Laprune también informa a sus compatriotas que en México son muy tenues las fronteras entre creadores, periodistas y promotores culturales.

La antología, obviamente, sigue el tradicional orden cronológico, pero también puede leerse de manera transversal, como lo proponen los capítulos —por género, periodo o generación—, o diagonalmente, de acuerdo con criterios como el que establece que Vasconcelos, Glantz, Vilma Fuentes y Celorio tienen como rasgo común el de otorgar cierto peso inicial a la autobiografía dentro de sus textos de ficción.

Son pocas —dieciséis, para ser exactos— las obras que Ollé-Laprune califica de tanto en tanto como *obras maestras* mexicanas: las que todo francés debe haber leído antes de atreverse a hablar del tema. Para el compilador son las lecturas obligatorias, las indispensables. En riguroso orden de aparición, abriría la lista *Muerte sin fin* y la cerraría *El testigo*, de Juan Vi-

12

Este País cultura

lloro. Los otros textos serían *La sombra del caudillo*, *Al filo del agua*, *Pedro Páramo*, *La región más transparente*, *Piedra de sol*, los poemínimos de Efraín Huerta, *La obediencia nocturna*, *Crónica de la intervención*, *El tañido de una flauta*, *Nuevo catecismo para indios remisos*, *El apando*, *El complot mongol*, *Morirás lejos* y *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*. En un país poco dado a las rupturas, también se le concede especial importancia al estridentismo, “el movimiento más radical de la literatura y la cultura mexicanas en el siglo XX”, si bien los textos concretos que inspiró el célebre manifiesto se recomiendan con poco entusiasmo.

Hay momentos en que Ollé-Laprune observa la literatura mexicana desde París. Es entonces cuando destaca influencias francesas. Así, los surrealistas, Valéry y Nerval explicarían parte de la poesía de Villaurrutia; las técnicas de la *Nouveau Roman* serían visibles en la obra de Carlos Fuentes, Vicente Leñero y Julieta Campos; Mariano Azuela y Agustín Yáñez serían nuestros Zola y Balzac, respectivamente, el primero por la apariencia de reportaje periodístico de su prosa, el segundo por el propósito de pintar un retrato de su época en once novelas (de las veinte planeadas), a la



manera del autor de *La comedia humana*. Por su parte, Proust habría influido en Revueltas; Bataille en Juan García Ponce y Salvador Elizondo (en especial el de *Farabeuf*). Otros binomios los integrarían Raymond Chandler y Paco Ignacio Taibo II; Roland Barthes y Alberto Ruy Sánchez; Gilles Deleuze y Coral Bracho. Vistos también desde París, José Juan Tablada aparece como heredero evidente de creadores que van de Baudelaire a Picasso, y Alfonso Reyes como un autor que ha sido poco traducido al francés a pesar de su innegable importancia en las letras mexicanas.

Inversamente, autores franceses como Breton y Artaud vinieron a México a conocer de primera mano manifestaciones artísticas como el muralismo y aquellas que iban promoviendo los sucesivos regímenes posrevolucionarios. Parecía interesante —y novedoso para un francés— que la política oficial fuera tan nacionalista y tratara de implantar el concepto de *esencia mexicana*. Breton y Artaud fueron testigos de “las adhesiones y rechazos” que provocó esa política nacionalista, pero también de “cómo impregnó las diferentes disciplinas artísticas”.

A lo largo de la antología se mencionan las principales revistas y suplementos culturales que —desde *Azul* hasta *Letras libres*— aglutinaron tendencias estéticas y grupos a lo largo del siglo pasado, y en cuyas páginas solían publicar los escritores antologados. El

libro transmite a los lectores francófonos la importancia que han tenido las revistas y suplementos culturales y literarios en la difusión y, por lo mismo, el desarrollo de la literatura mexicana. Por otro lado, le basta mencionar la —digamos— competencia entre las revistas *Nexos* y *Vuelta*, agrupando en cada una (valga la simplificación) a los escritores que se reconocían en la derecha o en la izquierda, para identificar así a dos autores como los líderes de esas *capillas* (la existencia de *chapelles* intelectuales no es algo desconocido en París). “Paz y Fuentes nunca se reconciliaron”, concluye, lo que explicaría la situación actual.

La antología también celebra que con motivo de “la explosión literaria de los años 60-70” hayan nacido tres editoriales que llegarían a ser fundamentales en la difusión de las letras: ERA, Joaquín Mortiz y, posteriormente, Siglo XXI, que se habrían de sumar al ya existente y productivo Fondo de Cultura Económica.

En general, las versiones francesas son más que aceptables, incluso las de narrativas de léxico particularmente complicado, como las de la Onda, bien traducidas —y trasladadas— por Marie-José Castaing y Jean-Luc Lacarrière en los casos de Gustavo Sainz y José Agustín, respectivamente. Algo semejante podría decirse de Joani Hocquenghem por su aproximación a *La ley de herodes*, de Ibarguengoitia, y de Claude Esteban por su trabajo con *Ladera este*, por mencionar sólo cuatro ejemplos.

En su introducción general y en las presentaciones particulares, Philippe Ollé-Laprune señala a sus compatriotas algunas peculiaridades del contexto mexicano, donde el Estado tiene una participación activa en el desarrollo de la cultura: escritores-funcionarios (como Agustín Yáñez o Rosario Castellanos) que, curiosamente, denuncian en sus textos la disfuncionalidad del sistema; los programas de becas a creadores no principiantes; las editoriales gubernamentales...

La extrañeza del autor ante nuestra normalidad es una de las aportaciones de esta antología, precisamente porque no está dirigida a nosotros. ~